

**“La más fuerte y la más joven de las poetisas” se presenta (y se transforma)
Un nuevo epistolario de Alejandra Pizarnik (Sobre *Cartas a Clara Silva (1955-1966)*, de Alejandra Pizarnik)**

Daniel Mesa Gancedo



Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/lirico/19297>

DOI: 10.4000/14hp0

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Daniel Mesa Gancedo, «"La más fuerte y la más joven de las poetisas" se presenta (y se transforma) Un nuevo epistolario de Alejandra Pizarnik (Sobre *Cartas a Clara Silva (1955-1966)*, de Alejandra Pizarnik)», *Cuadernos LIRICO* [En línea], 30 | 2025, Publicado el 26 agosto 2025, consultado el 03 septiembre 2025. URL: <http://journals.openedition.org/lirico/19297> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/14hp0>

Este documento fue generado automáticamente el 3 de septiembre de 2025.



Únicamente el texto se puede utilizar bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Salvo indicación contraria, los demás elementos (ilustraciones, archivos adicionales importados) son "Todos los derechos reservados".

“La más fuerte y la más joven de las poetisas” se presenta (y se transforma)

Un nuevo epistolario de Alejandra Pizarnik (*Sobre Cartas a Clara Silva (1955-1966)*, de Alejandra Pizarnik)

Daniel Mesa Gancedo

REFERENCIA

Pizarnik, Alejandra, *Cartas a Clara Silva (1955-1966)*. Edición, notas y estudio de Florencia Morera, Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura, 2024, 327 páginas. (Ed. no comercial).

¹ No parecerá demasiado atrevimiento afirmar que Clara Silva (1905? – 1976) será, para una gran mayoría de lectores, “sólo un nombre” inscrito ocasionalmente en el diario de Alejandra Pizarnik. Sin embargo, ese nombre es el de una poeta y novelista uruguaya de las más relevantes del siglo XX, a la que algunos lectores (españoles) podrían conocer, porque Carmen Conde la incluyó en su (poco atendida) antología *Once grandes poetisas americanohispanas* (1967). Más conocido fue su esposo, el crítico e historiador Alberto Zum Felde, pero, aunque la misma Clara Silva subrayó, siempre que pudo, la importancia de esa relación, este es un dato irrelevante a la hora de valorar el significado y alcance de su obra, y apenas accidental en la correspondencia que aquí me ocupa.

- ² La publicación de las cartas de Alejandra Pizarnik a Clara Silva revela, entonces, una amistad epistolar casi del todo desconocida (apoyada apenas en un par de encuentros personales documentados) y enriquece en grado superlativo el conocimiento de su biografía poética. Para aquilatar la importancia de esta edición convendría contrastarla con el resto de epistolarios pizarnikianos hasta ahora conocidos (una recopilación colectiva publicada en 1998, ampliada en 2014, y otra vez recientemente, pero ceñida al intercambio con la editora —Ivonne Bordelois— ahora con las cartas de ambas corresponsales; los epistolarios individuales dirigidos a Antonio Beneyto, en 2003; a León Ostrov, en 2012; y a André Pieyre de Mandiargues, en 2018, este en francés y también con las respuestas del corresponsal). En ese contexto, el volumen que ha editado la especialista en literatura uruguaya Florencia Morera aporta el mayor número de cartas de Pizarnik en español hasta el momento: 52, escritas entre 1955 y 1966, y conservadas en la “Colección Clara Silva” de la Biblioteca Nacional de Montevideo. Tampoco se han conservado, al parecer, las respuestas de Silva y, por esa razón, su voz solo se oye aquí en palimpsesto (en las notas al pie de la editora y en sus estudios finales).
- ³ Esas cartas eran accesibles en reproducciones facsimilares alojadas en la web “Anáforas – Biblioteca Digital de Autores Uruguayos”. Pero, como la mayoría no están fechadas, el orden en el que se podían consultar era aleatorio o quizás inexistente. De modo que uno de los primeros méritos de esta edición es ofrecer un orden más que plausible, apoyado en fechaciones externas (los matasellos de los sobres) o referencias en otros documentos, lo que permite concluir que la correspondencia fue muy frecuente entre 1955 y 1957 —donde se pueden ubicar las 34 primeras cartas—, para luego ir sufriendo algunas interrupciones importantes.
- ⁴ La información que proporciona la editora sobre la conservación y accesibilidad de ese legado es muy precisa, recordando incluso alguna publicación fragmentaria previa. La edición es ejemplar también en su aspecto material (gran formato; encuadernación en



tapa dura, cosida al lomo; un muy estudiado juego de colores), que el “equipo de diseño” (merece ser nombrado: Sofía Ganduglia y Carolina Ocampo) justifica en una nota inicial buscando “acompañar las sensaciones y emociones que emergen de la lectura de las cartas”. Ciertamente, el objetivo está logrado, porque, además de las transcripciones de las cartas, se ofrece, precediendo a cada una de ellas, su reproducción facsimilar (siempre en blanco y negro) y la descripción del tamaño original, color de la tinta y tipo de papel. Las reproducciones, redimensionadas al tamaño de la página, facilitan la legibilidad de la caligrafía de Pizarnik, de por sí bastante clara, y las transcripciones son fieles y pulquérrimas, con escasísimas erratas. Permiten también acceder a los dibujos con que la escritora ilustraba habitualmente sus cartas. La edición incluye fotografías y reproducciones de textos de Pizarnik (y de otros) enviados a Silva. Por último, el volumen se completa con la transcripción de tres cartas de Pizarnik a la hermana de Clara, Concepción Silva Bélinzon, también poeta, lo que alarga hasta 1967 el marco cronológico de esta escritura.

- 5 Si la labor de reproducción y transcripción ya es loable, esta edición supone, además, uno de los más serios y rigurosos estudios contextuales, intratextuales e intertextuales de la escritura pizarnikiana: Florencia Morera reconstruye el momento y la situación de escritura de esas cartas, y las conecta con el resto de la escritura de Pizarnik (édita e inédita), señalando sus vínculos con otros legados conservados en archivos uruguayos, argentinos y norteamericanos.
- 6 Tratándose de una escritura como la de Pizarnik, vampirizadora de discursos ajenos, la labor de descifrado intertextual que realiza Morera (tanto en sus notas como en sus estudios) es de una magnitud inaudita, comenzando por el pre-texto desencadenante de esta correspondencia: la lectura maravillada que la “joven poetisa” hizo de *La sobreviviente* (1951), novela de Clara Silva con cuya protagonista se identificaría Pizarnik. Morera persigue también su diálogo con la poesía de Silva o con el campo poético rioplatense, ciertamente no muy apreciado por Pizarnik, lo que, por ejemplo, se sustancia en su reticencia a participar en las III Jornadas Interamericanas de Poesía (Piriápolis, 1959), de las que Morera ofrece una minuciosa crónica que las identifica como un acontecimiento clave en la construcción (y reforzamiento) de la imagen pública de la que pronto dejaría de ser “joven poetisa”.
- 7 Pero si algo resulta admirable son las pistas que Morera ofrece para releer mejor y más profundamente la huella en Pizarnik de otros muchos poetas, sus verdaderos modelos: de la condesa de Noailles a Delmira Agustini, pasando por Eliot, Trakl, Rilke, Joyce, Apollinaire, Baudelaire, O. W. Milosz, Beckett y, por encima de todos, Rimbaud. También nos ilustra la editora sobre la recepción contemporánea de Pizarnik, una vía de estudio –como ella señala– poco o nada transitada, o informa sobre la existencia de otras cartas inéditas (de Pizarnik y de Silva, pero también de alguna de Cortázar a Silva) que desde ya esperaríamos conocer.
- 8 Este epistolario permite llegar muy cerca del origen de una de las escrituras más potentes y más autoconscientes de la poesía contemporánea: “Soy una poetisa argentina de 18 años. La más joven y la más fuerte de las poetisas” son las primeras frases de la primera carta (marzo de 1955). Once años después, la correspondencia se clausura reconociendo una transformación: “no tengo fuerzas para escribirle a nadie pero a vos necesito decírtelo” dice la última frase (previa a la despedida) en la carta final (3/2/1966). Y eso que Pizarnik necesitaba decirle a Silva era: “acaba de morir mi papá”. Estas cartas concluyen con esa doble pérdida: la del padre, la de la fuerza para

escribir. La muerte de su padre ha cancelado una etapa de su vida, ha transformado a la “joven” en esa “niña vieja” que empezará a ocupar sus poemas y también comparece en estas cartas. Probablemente, podría pensarse que, en el curso de esos años y en el discurso de esas cartas, Pizarnik *se ha dejado las fuerzas en la escritura y*, así, ha dejado también de ser “poetisa” para convertirse, definitivamente, en “poeta”. Morera realiza en su estudio final un profundo análisis de esa “maduración”, para la que hubo de ser fundamental la relación con Silva, cuyas aristas más comprometidas tampoco se eluden (siempre convenientemente matizadas): el constante reclamo y oferta de “amor” por parte de Pizarnik, que lleva a proponer el “culto a la corresposnal” como “una de las claves” del epistolario (p. 315), definido directamente como la “historia de una pasión, u obsesión” (302).

- 9 Ese “culto”, “obsesión” o estado de “pupilaje” latente y autoatribuido de Pizarnik (similar al que establecería con Olga Orozco o Silvina Ocampo) cambia con su viaje a París en 1960. Se modifican los temas y el tono de las cartas, y también el tratamiento: del “Usted” pasará al tuteo, e incluso al voseo (con ocasional vacilación). Desde allí, Pizarnik exhibe algunas de sus nuevas amistades (Paz, Cortázar) e invierte la dirección de la “tutela”: le sugiere a Silva la posibilidad de ser traducida al francés; y la pone en contacto con el autor de *Rayuela*.
- 10 Pero lo más relevante es que, mientras Pizarnik define su vínculo con Silva, va construyendo, también en estas cartas, eso que se ha llamado el “personaje alejandrino”. Paradójicamente, muy pocas veces firma aquí como “Alejandra”; mantendrá siempre el originario “Flora Alejandra”, aunque justificará la desaparición de ese “hermoso nombre literario” (a juicio de Silva) en la portada de sus libros, a partir de *La última inocencia* (1956). Sobre las cuestiones referidas al nombre, estas cartas son una mina feracísima, del mismo modo que sobre otros aspectos clave en la poética del “personaje alejandrino”: la presencia del “tú” en su poesía; la importancia de la escritura del diario (llegando a imaginar alguno escrito expresamente “para Clara Silva”, en la carta 15); la presencia de los niños y la infancia; la relación —distante— con el judaísmo y la religión; o, finalmente, incluso una particular teoría del amor anclada en Rilke (y prolíjamente anotada por Morera). Algun pasaje parecería esbozar su propia “carta de vidente”: “un poema debe surgir por un escándalo del ser entero” (carta 34).
- 11 Que, en la construcción de ese “personaje”, Pizarnik era consciente de saturar la atención (y hasta la paciencia) de sus interlocutores, lo revelan también estas cartas, especialmente aquellas (de la 27 a la 33) que dicen su temor de que Silva pudiera haber descubierto su “juego”, el de presentarse como “demasiado maldita”, y con su silencio le diese a entender que no lo toleraba y que no estaba dispuesta a seguirlo. Ya muy pronto, en la tercera carta, se olvida rápidamente de compadecer a su interlocutora, que acababa de perder a un hermano, para hablar de sí misma como “monstruosa, maldita por no sé qué destino”, y temiendo que esa actitud le pareciera “fría, egoísta” a su “querida amiga”. Un poco más tarde (carta 5) completa su autorretrato, con perfiles muy nítidos: “Salvo el arte y algunos seres maravillosos (usted entre ellos) nada me interesa. Gozo de bienestar material y las relaciones humanas me son propicias (dado este sentido del humor que tenemos los suicidas frustrados). Sé que soy bastante neurótica, pero lo acepto como el precio que exige la hipersensibilidad y los momentos intensos”. En algunas ocasiones, Pizarnik traslucce la conciencia del contexto histórico-cultural en el que su “personaje” nace. Confiesa, desde luego, sus raíces románticas, pero se muestra, como casi nunca, anclada en su presente: “tengo el siglo veinte

clavado en mi ser" (carta 7) y en otro momento reconoce —quizás para atenuar la crudeza que había intimidado a su corresponsal— que sus "sentimientos" son los que "con mayor o menor intensidad, experimentan casi toda la gente de mi generación" (carta 27). Sintiendo que tal vez ha ido demasiado lejos, es capaz de retractarse y negar imágenes que, sin embargo, poco a poco terminarían imponiéndose en su universo poético: "Si yo me pensara una mendiga que necesita piedad ayuda y le escribiera por eso, sería horriblemente sucia. [...] tal vez me exprese a veces impúdicamente" (carta 29).

- 12 Más allá de los vislumbres de ese "personaje", las cartas a Silva dan a conocer proyectos y líneas de escritura no desarrolladas por Pizarnik, pero admiradas en su "querida amiga" (la capacidad de escribir sonetos; la deseada, ensayada y —finalmente— abandonada "novela"); le refiere su sorpresa al escribir su primer "poema extenso"; le envía otros inéditos (incluso en inglés). Atentísima, entonces, a la realización de su propio proyecto poético, Pizarnik ofrece noticias y autocomentarios de sus libros, de intensidad variable: así, *La tierra más ajena* (1955), primera prueba de su anticipada fortaleza, es enviado con la cuarta carta (con una primera fotografía y la ansiedad por conocer la opinión de Silva). El anuncio, el envío y el comentario del segundo "librito", *La última inocencia* (1956), que le "satisface un poco más que el anterior" (carta 13), merece más espacio (entre las cartas 10 y 15): es el primero firmado por "Alejandra Pizarnik"; incluye un poema dedicado a Clara Silva (dedicatoria que desaparecerá en recopilaciones póstumas); se cierra con otro cuyo título ("Sólo un nombre") es un verso que Pizarnik encuentra y subraya en "Memoria de la nada", del libro homónimo, publicado por Silva en 1948 (pero —como informa Morera— quizás solo leído por Pizarnik en 1957). Quizá ya convencida del afianzamiento de su figura de poeta, el resto de libros merecen apenas una mención: de *Las aventuras perdidas* (1958), el último que publica en Buenos Aires antes de partir a París, solo recuerda el "martirio" de la imprenta (carta 36); desde la capital francesa anuncia *Árbol de Diana* (1962); y, de regreso en Buenos Aires, envía *Los trabajos y las noches* (1965) nada más publicarse (dos años después le dice a Concepción Silva que no puede enviarle otro, porque ya está agotado).
- 13 Si este epistolario es fundamental para la biografía poética de Pizarnik, lo que no cabe esperar en él es información "factual". Solo quedan aludidas experiencias como alguna intervención quirúrgica o la difícil relación con sus padres, a veces complicada por su afición al alcohol y siempre mediada por la culpa. Son quasi opacas también las referencias a relaciones amorosas y a sus circunstancias laborales. No hay mucha información específica sobre viajes (de España en 1963, apenas retiene sus "lugares mágicos" y la "beatería general"). Un proceso judicial o incluso el intento de violación por parte de un médico no alcanzan mayor desarrollo. La muerte del padre es el suceso biográfico más trascendente: tras un largo silencio, hace reaparecer a una Pizarnik desolada y ya sin fuerzas, y pone punto final a la correspondencia.
- 14 Este libro extraordinario sale en un momento en el que la publicación de cartas de escritores latinoamericanos vive una especie de apogeo (las cruzadas entre los autores del Boom; las de otro uruguayo, Levrero, de quien aquí Morera, por cierto, menciona otros inéditos). Frente al eco que, sin duda, merecen y alcanzarán esas recopilaciones, el carácter de "edición no comercial" (y materialmente exquisita, como he dicho) del libro preparado por Florencia Morera restringirá, seguramente, su circulación. Y, sin embargo, la magnitud y la calidad de este *corpus epistolar*, el casi ávido interés que

despierta cualquier trazo y huella pizarnikianos, así como —y no es lo menos importante— la ingente y minuciosa labor interpretativa de su editora, en cuya ponderación no hay hipérbole, nos mueven a soñar con una pronta reedición por cauces más fluidos, que satisfaga el deseo de estas palabras.

AUTORES

DANIEL MESA GANCEDO

Universidad de Zaragoza
danmesa@unizar.es